

hechicerías, ya bajo el yugo de los egipcios entre la oscuridad y el silencio de sus misterios, obligada siempre á transigir con el más fuerte, comparada con esa República de Moisés, iluminada por la zarzas ardientes del Horeb, engrandecida por las reveladoras tempestades del Sinaí, con la columna de fuego á su frente y las tablas del decálogo en sus manos, haciendo caer al eco de sus trompetas los muros de la idolatría; así como abrirse al ruego de sus llamamientos, la tierra prometida, y decidme si no encontrais en este paralelo tangible la superioridad absoluta del régimen republicano, sobre las viejas y abominables tiranías monárquicas. Mucho costó preservar al pueblo hebreo del contacto con los ídolos que le cercaban por todas partes y le combatían su salvadora idea de la unidad divina; mucho costó preservar al pueblo hebreo del contacto con los reyes que le cercaban por todas partes y le combatían la forma republicana; pero de aquí, de este doble combate, nació la institución matriz por excelencia, de la cual son hijos, los filósofos, los tribunos, los reveladores, todos los que han servido la causa del progreso en la tierra; nació la institución de los profetas, que nos enseñaron á combatir la idolatría y sus abominaciones, el viejo principio monárquico y sus privilegios. Nada tan maravilloso como el santo aquel que viene de los desiertos cual si descendiese de misteriosa nube ó surgiera de profundo abismo, alimentado de hiervas, ébrio de rocío, vestido con pieles de fieras, apoyado en su báculo y que predica la unidad del Dios de Israel y la República de los jueces mosaicos, lo mismo en los desiertos de Lebrón que en las plazas de Jerusalén, lo mismo en las horas amargas del asedio extranjero, que en las horas felices del triunfo absoluto, lo mismo ante la grandeza de Ciro que ante la voluptuosidad de Sardanápalo, que ante la brutalidad de Nabucodonosor, puro como un abstracto pensamiento, inmortal como un espíritu eterno, anticipación del verbo que á todos habrá de redimirnos, sostén de una República universal, en cuya virtud y en cuya eficacia, todos creemos y todos esperamos. Cuando el año 15 la bárbara reacción, en Europa triunfante, quiso borrar las instituciones progresivas en un conciliábulo de reyes, al encontrarse con Suiza estos, exceptuáronla de la común sentencia capital que acabó con todo lo progresivo y humano, prueba evidentísima de que hasta los despótas aman la libertad y prefieren á todas las formas de gobierno, la forma republicana. Pues bien, la República de Israel que nos ha revelado nuestro Dios, que nos ha dicho en mandamientos inmortales nuestra moral, que ha sobrevivido imperceptible casi á todos los grandes imperios, es un precedente necesario, en la consideración de las causas que trajeron á Europa el siglo pasado; la victoria del régimen republicano.

Evidentemente la democracia religiosa proviene del cristianismo, como el cristianismo proviene del mosaísmo, religiones las dos republicanas. Pero no hubiese bastado á formar la fecundísima levadura de que han salido las democracias modernas con su forma republicana, el ideal religioso. Necesitóse un ideal político, un ideal científico, un

ideal artístico, que completase y coronase los trabajos de la inspiración teológica y de la fe cristiana. Este ministerio vino á cumplirlo en el mundo la divina Grecia, quien hizo una República civil, de la misma suerte que hiciera Israel su República religiosa. Tienen por tal modo los pueblos antiguos á la forma monárquica, que los griegos se constituyeron todos al comienzo de su historia en monarquías diversas, como se habían constituido en patriarcados los fundadores de la República mosaica. Mas dentro de Grecia existían dos familias de pueblos: una familia de pueblos dorios, otra familia de pueblos jónicos. No hay más que ver las instituciones, las leyes, las estatuas, las escuelas de los dorios, para comprender que son estos como una prolongación del Asia, y que siendo como una prolongación del Asia, deben ser también, desde los comienzos hasta el fin de su historia, esencialmente monárquicas. La columna doria, sin adornos, y muy semejante á la palmera y al cedro asiáticos; la estatua rígida, hierática, semejante á una estatua oriental; el pensamiento religioso panteísta de suyo, como el pensamiento asiático; el espíritu de conservación y aun de retroceso, acerca los dorios al Oriente, y hace de sus dogmas y de sus instituciones, instituciones y dogmas esencialmente monárquicos. Tan cierto es cuanto digo, que al sonar la hora del combate supremo entre Asia y Europa, entre nuestras repúblicas y aquellas monarquías en los campos de Maratón y en las aguas de Salamina, el dorio estuvo á punto de irse con el Asia y restableciendo los antiguos ídolos y los antiguos reyes á punto llegó de querer matar en su cuna, la democracia y la República. Fué necesaria toda la virtud de que gozaba, como un talismán, el nombre de Grecia; fué necesaria toda la grande analogía existente de antiguo entre los dialectos jonios y los dialectos dorios; fué necesaria toda la maravillosa influencia de aquellos poemas homéricos que crearon y produjeron la entidad helena, para que los dorios no se marchasen á combatir contra los griegos, bajo las órdenes de Xerxes, y no llegasen á deshonorar su historia, careciendo del nombre más glorioso que la ilustra, del nombre de Leónidas. Juntos pudieron salvar á Grecia y juntos rechazar las castas, las monarquías, las teocracias, el mundo asiático. Pero estaba la contradicción de jonios y dorios por tal modo en la índole nativa de aquellas razas, que donde predominó la gente doria, se constituyó, como en Esparta una monarquía, y donde predominó la gente jonia, se constituyó, como en Atenas, una República. Y la contradicción entre los monárquicos dorios y los republicanos jonios, que sólo apuntó en los comienzos de las guerras Médicas, estalló y duró en la guerra del Peloponeso. Para ver la superioridad histórica del principio republicano sobre la forma y tradición monárquicas, no hay sino considerar los servicios prestados por Atenas á la humanidad y los servicios á la humanidad prestados por Esparta. Mientras ésta fuera de Leónidas y de Licurgo no ha producido un espíritu inmortal, aquélla nos ha sembrado á manos llenas en los horizontes del tiempo y ha traído á nuestra mísera especie tesoros de gloria y de inmortalidad que con lo divino la identifican y con lo eterno la

confunden. Piedras cadenciosas del Partenón; estatuas parecidas á una melodía tangible; Dioses que han difundido la vida y sus embriagueces por los campos; epopeyas que han resonado en las tiendas troyanas y en las academias modernas; teatro donde todos hemos sentido el terror trágico difundirse por nuestras venas, ó el sarcasmo aristofanesco agitar nuestros nervios; escuelas de filosofía que han elaborado la savia más rica del pensamiento universal; tribunas de la Agora, donde se han oído los discursos más hermosos que jamás hayan hecho los hombres; columna jonia con sus tallados insustituibles; oráculos de la poesía y de la ciencia; todo esto ha salido de Atenas, porque Atenas constituyó en la juventud y en la madurez de su vida la más hermosa y la más inspirada de cuantas repúblicas ha conocido la Historia. Que pudo poner frente á tal gloria y á tal grandeza la monárquica Esparta su tiranía sin límites; sus Reyes sin freno; su sociedad de cuartel; su disciplina y su ordenanza de milicia, sus hombres máquinas, sus mujeres crueles, sus jóvenes parecidos á recuas y á rebaños en rediles; su educación y su disciplina horribles; las comidas en comunidad; el socialismo en bruto; un estado prepotente contrario á todas las expansiones del alma, un silencio del pensamiento siempre callado; los labios sin verbo, las imaginaciones sin poesía, las artes sin ideal, la sociedad sin libertades, el abominable despotismo, cuyas huellas de muerte y desolación, todavía se conocen por los espacios donde reinara tal principio monárquico y todavía oscurecen los anales maravillosos y épicos de la historia griega. No se puede dar paralelo en que aparezca tan de relieve la diferencia entre la forma republicana y la forma monárquica, semejante al paralelo presentado entre Atenas, bendecida de todas las generaciones, y Esparta de todas las generaciones maldita.

Y esta rivalidad entre la monarquía de Esparta y Atenas la republicana, unida también á la guerra perpetua declarada por los asiáticos á las repúblicas griegas, trajeron la muerte de Atenas y con la muerte de Atenas, aquella desaparición del foco más etéreo y más luminoso que había esclarecido con sus rayos los antiguos tiempos. Así como las exageraciones del principio monárquico, se hallan en la unidad absorbente, las exageraciones del principio republicano, se hallan en la variedad excesiva. La libertad exige una gran levadura de concordia, en la vida popular, puesto que toda discordia, trae consigo aparejada la guerra y toda guerra, trae consigo aparejada la tiranía. Figúrense una guerra civil perpetua entre los pueblos griegos del continente por la supremacía sobre la península del Peloponeso, la cual guerra civil se dilataba por las islas sin tregua ni descanso, hasta las puertas del Asia; unida á esta guerra civil perdurable, otra extraña perdurable también con los déspotas asiáticos y decidme si la República podía durar mucho tiempo, allí donde no duraban la paz y la concordia. Aunque la división capital de Grecia, fuese como hemos dicho entre dorios y jonios, cada región particular tenía caracteres propios, que han reconocido los siglos y que han determinado grandes movimientos sociales. Por

ejemplo, así como la magna Grecia fué por Pitágoras un término medio entre la filosofía oriental y la filosofía occidental, la célebre Tracia, fué un término medio, entre la teología oriental y la teología occidental. Por eso, en Tracia, nació la religión órfica, precedente necesario del pitagorismo; mientras en Pitágoras brotó la filosofía de Orfeo, y sin embargo, Tracia estaba en las puertas hieráticas del Asia y estaba la magna Grecia en las puertas de la joven y progresiva Italia. Pues el mismo carácter particular que tuviera Sicilia y que tuviera Tracia, tuvo también Macedonia, aunque con otras condiciones intrínsecas y con otras tendencias particulares. Región montañosa, desde cuyas cumbres podía descubrirse á un lado el Bósforo y á otro lado el mar Jónico, aspiró á dirigir á Grecia, ni más ni menos que las regiones pirinéicas dirigieron á España y á Italia las regiones alpestres. Y para dirigir á Grecia, comprendió Macedonia que debía oponer á su principio de variedad, á su principio de guerra, y á sus hábitos de discordia, el principio inquebrantable de una gran unidad. Y como no hay unidad que pueda parecerse á la presentada y ofrecida por una monarquía militar, Macedonia se constituyó en monarquía militar, pudiendo así ofrecer un seguro y un refugio á los naufragos que lanzaban sobre sus desfiladeros, las discordias de Grecia. En cuanto un principio así, llegó á dilatarse por las cumbres de aquellas montañas, tuvo su personificación natural, pues todos los principios al condensarse, todos se concretan, y todos al concretarse buscan una personalidad que les sirva de personificación necesaria y verdadera. Se pensó en unir á Grecia y como á este pensamiento no pudo el anfictionado inmortal ocurrir, ocurrieron el hierro y el fuego. Se pensó no sólo en unir á Grecia dentro de sí misma, sino en expedirla sobre Oriente y derramar en los senos orientales aquella fecunda savia de vida y aquella etérea luz de ideal que Grecia llevaba en sus entrañas. Y como para este segundo misterio, tampoco habían servido los generales amovibles, heróicos, pendencieros, dados á las guerras civiles, buscó la sociedad con sus maravillosos instintos y encontró con sus reveladoras intuiciones, un general eterno, fortísimo, incapaz de ceder á nadie el paso con su corona por escudo, con su cetro por espada, muy ambicioso, y segurísimo de lograr sus ambiciones; encontró la sociedad, aquello que pedía y necesitaba, encontró, al gran Filipo. Indudablemente la Historia llorará por toda una eternidad la muerte de Atenas; el día en que Demóstenes bebió su veneno, será un día para siempre luctuoso en los anales de las grandezas humanas; jamás podremos consolarnos de que abandonaran los tribunos las Agoras y el Pireo los filósofos; la República permanecerá como un recuerdo inmortal en el corazón y en el entendimiento humano; mas Grecia no podía continuar desgarrándose dentro de sí, con desgarradoras guerras civiles abominables, y Filipo, si le quitó la libertad, le dió la paz. Y esta paz permitió que recogiendo el grandioso Alejandro la quinta esencia del espíritu griego en sus áureas copas, lo llevase por Asia é hiciese una helade inmortal de aquellas regiones orientales, donde antes habían reinado las teocracias con sus hechice-

rias y las cartas con sus privilegios. Al encontrarnos frente á frente de la República francesa en sus albores, República, brotada apenas y ya rota en cien pedazos por las discordias de los republicanos, debemos recordar á éstos, que si no quieren imperios, tienen que quitar á sus instituciones y á sus costumbres, los caracteres belicosos, generadores del cesarismo y que si quieren fundar la República y hacerla duradera, tienen que buscarle como base, la paz y la concordia.

Las nacionalidades existen y son organismos superiores á todos los organismos sociales. Como existe el espíritu humano existe el espíritu nacional. Hay nacionalidad en la política, porque los progresos podrán ser muchos, las instituciones varias, y habrán de teñirse del carácter y del genio nacional; hay nacionalidad artística, porque el artista más original no podrá, ni en sus cuadros, ni en sus estatuas, ni en sus monumentos, borrar el sello de su gente, de su tierra y de su historia; hay hasta nacionalidad allá en la alta esfera del pensamiento, porque no podéis pensar sin el auxilio del lenguaje, y no podéis hablar ni escribir perfectamente sino en vuestra lengua patria, eterno verbo de las ideas; hay una comunidad de origen, de raza, de costumbres, de recuerdos, de historias, de esperanzas, de inspiraciones artísticas, que no se pueden perder, que no se pueden malbaratar, que no se pueden aminorar, puesto que componen el más preciado tesoro de nuestra vida. Y la unidad nacional es un principio de evidencia indiscutible, de fuerza incontrastable. El mundo camina á la unidad. Fué el Cristianismo un progreso incontable sobre las religiones antiguas, porque mantenía estas dos unidades: la unidad de Dios y la unidad del hombre; fué la Monarquía un progreso sobre el feudalismo, porque llevaba sobre la guerra la unidad de la autoridad; fué la Revolución un progreso sobre la Monarquía, porque fundaba una más fuerte unidad, la unidad del derecho. No es esencial, no, á las democracias y á las repúblicas cierta organización administrativa que se ha elevado aquí á la cuestión de las cuestiones. Bajo el dogma de la soberanía nacional, bajo la unidad del Estado, fúndense en buen hora las autonomías posibles, la descentralización necesaria, pero sin que puedan ni herir ni quebrantar la unidad fundamental y eterna de la patria. En la vida de la sociedad sucede como en la vida de la naturaleza. Podéis sacar de los organismos imperfectos é inferiores otros organismos vivientes; podéis descomponer algún reptil en varios reptiles, al menos en varios fragmentos que guarden vida y movilidad, así como se descomponen por la segmentación algunos insectos en otros insectos; pero no podéis descomponer, separar los órganos fundamentales del cuerpo humano sin producirle inmediatamente la muerte. Los grandes organismos sociales ya formados, las nacionalidades, no pueden, no, descomponerse. Sobre todo no pueden brotar de ellos otros organismos políticos, no pueden brotar otras nacionalidades. Lo que puede suceder, lo que sucede realmente, es que las nacionalidades ya formadas, las nacionalidades ya independientes se unan, se federen con otras nacionalidades ya formadas, con otras na-

cionalidades ya independientes. Por este medio pueden y deben unirse naciones libres y autónomas; por este medio pueden y deben fundarse los Estados unidos de Europa. Pero romper una nacionalidad ya formada en pequeñas nacionalidades; volver en un día y en una hora á contratar el pacto social entre pueblos é individuos, es una utopía que, como dije en noche solemne y repito ahora, quedó consumida en el incendio voraz de Cartagena. Mientras el movimiento de la cultura general tiende á la unidad por contradicción y contrasentido singular, tiéndese aquí á la separación y surgen graves tendencias separatistas que conviene á toda costa combatir. Háse divulgado una idea falsísima, la idea de que las repúblicas, donde los lazos de la unidad son poco fuertes viven mucho tiempo. Y sin embargo, la historia dice á veces que si en el mundo antiguo y en el mundo de la Edad Media, la Monarquía predominó sobre la República, fué por carecer generalmente las repúblicas de aquella cohesión íntima y de aquella unidad suprema que, sin perjuicio de la variedad natural, agranda y robustece á los Estados. El mundo perdió su academia, su escuela, su gimnasio, el centro de toda cultura, cuando perdió las repúblicas griegas, madres de los héroes, musas de las artes, diosas de las ideas. Y las repúblicas griegas se eclipsaron primero y se perdieron luego por sus partidos separatistas, por sus interiores divisiones. Sus grandes hombres no comprendieron nunca que no bastaba con ser de Esparta, de Corinto, de Thebas, de Atenas; y para salvar la libertad y la República se necesitaba ser de Grecia. Los reyes macedonios triunfaron de las democracias helénicas más que por propia fuerza de la Monarquía, por discordias interiores de sus inquietas enemigas, de sus ilustres víctimas que, al caer, apagaron la luz de la ciencia y de la libertad en el antiguo mundo. La gloria del mayor y más ilustre entre los oradores no consistió tanto en su sobria palabra, en su natural elocuencia, en sus maravillosos discursos, como en haber despertado sobre la ruina de tantos pueblos ilustres y sobre las ráfagas de tantas tempestades desencadenadas, el ideal de la unidad de Grecia, de la unidad de su patria vencida en Queronea por no haber sabido encarnar en la viviente realidad de su política el verbo luminoso de la más alta elocuencia. La vida de Grecia se reanimó y se renovó su cultura, cuando, entre el diluvio de las irrupciones germánicas surgieron, con la estrella del arte en la frente, las repúblicas italianas. Ellas rehabilitaron el trabajo y lo pusieron á la guerra; ellas fundaron una política independiente de las familias de los reyes y de las cábalas de los cortesanos; ellas trajeron á la vida y educaron en la libertad esos pueblos de héroes, de artistas, de poetas, que han fundado en la movable tierra de la laguna adriática y en las arenas de las costas mediterráneas la oriental Venecia, con sus colosales monumentos, y en las orillas del Arno la ilustre Pisa, con sus tumbas, tras las que parece alborear el día de la eternidad, y la sabia Florencia, que recuerda el esplendor y la belleza de Atenas; ellas pusieron el genio de la adivinación en los grandes descubridores y navegantes; el genio de la poesía en los